

PENÍNSULA ODISEAS

Por las trincheras

Navid Kermani

Un viaje por Europa del Este hasta Isfahán



Por las trincheras

Navid Kermani

Un viaje por Europa del Este hasta Isfahán

Traducción de Belén Santana

ediciones península

Título original: *Entlang den Gräben*

© Verlag C.H. Beck oHG, Múnich, 2018

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Primera edición: octubre de 2019

© de la traducción del alemán: Belén Santana López, 2019

La traducción de esta obra ha recibido una ayuda del Goethe-Institut



Mapas al cuidado de GradualMap

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2019
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespensula@planeta.es
www.edicionespensula.com

PAPYRO - fotocomposición
DEPÓSITO LEGAL: B. 16.629-2019
ISBN: 978-84-9942-844-4

ÍNDICE

Colonia	15
Primer día: Schwerin	19
Segundo día: de Berlín a Breslavia	28
Tercer día: Auschwitz	33
Cuarto día: Cracovia	39
Quinto día: de Cracovia a Varsovia	47
Sexto día: Varsovia	51
Séptimo día: Varsovia	60
Octavo día: de Varsovia a Masuria	65
Noveno día: Kaunas	68
Décimo día: Vilna y alrededores	72
Décimo primer día: por Paneriai hacia Minsk	78
Décimo segundo día: Minsk y Jatyn	88
Décimo tercer día: en la zona restringida de Chernóbil	96
Décimo cuarto día: Kurapaty y Minsk	104
Décimo quinto día: en la zona de exclusión, más allá de Krasnapolie	120
Décimo sexto día: de Minsk a Kiev	127
Décimo séptimo día: Kiev	136
Décimo octavo día: de Kiev a Dnipro	142
Décimo noveno día: en el frente del Dombass	150
Vigésimo día: por Mariúpol hasta el mar Negro	156
Vigésimo primer día: bordeando el mar Negro hasta Odesa	162

Vigésimo segundo día: Odesa	165
Vigésimo tercer día: salida en avión desde Odesa	174
Vigésimo cuarto día: hacia Simferópol pasando por Moscú	176
Vigésimo quinto día: por Bajchisarái hacia Sebastopol	179
Vigésimo sexto día: por la costa de Crimea	190
Vigésimo séptimo día: desde Crimea hacia el continente ruso	203
Vigésimo octavo día: hacia Krasnodar	213
Vigésimo noveno día: de Krasnodar a Grozni	218
Trigésimo día: Grozni	230
Trigésimo primer día: en las montañas chechenas	241
Trigésimo segundo día: de Grozni a Tbilisi	250
Trigésimo tercer día: Tbilisi	260
Trigésimo cuarto día: Tbilisi	267
Trigésimo quinto día: a Gori y hasta la línea de alto el fuego entre Georgia y Osetia	275
Trigésimo sexto día: de Tbilisi a Kajetia	284
Trigésimo séptimo día: de Kajetia a Azerbaiyán	290
Trigésimo octavo día: en la línea de alto el fuego armenio-azerbaiyana	297
Trigésimo noveno día: en el tren nocturno hacia Bakú	307
Cuadragésimo día: Bakú	318
Cuadragésimo primer día: Bakú y Gobustán	331
Cuadragésimo segundo día: despedida de Bakú	338
Cuadragésimo tercer día: Ereván	341
Cuadragésimo cuarto día: Ereván	358
Cuadragésimo quinto día: hacia el lago Seván y el Alto Karabaj	377
Cuadragésimo sexto día: por el Alto Karabaj	390
Cuadragésimo séptimo día: por la línea de alto el fuego armenio-azerbaiyana en dirección a Irán	399
Cuadragésimo octavo día: por Yolfá hacia Tabriz	406
Cuadragésimo noveno día: por Ahmadabad hasta la fortaleza de Alamut	418
Quincuagésimo día: hasta el mar Caspio y, después, a Teherán	429
Quincuagésimo primer día: Teherán	436

Quincuagésimo segundo día: Teherán	441
Quincuagésimo tercer día: Teherán	448
Quincuagésimo cuarto día: partida en avión desde Teherán	457
Con la familia en Isfahán	459
Regreso	503
Agradecimientos	509



Mar del Norte

Mar Báltico

LITUANIA

Kaunas

VILNA

Jatyn

Krasnapolie

MINSK

POLONIA

Mikolajki

Poznan

BIELORRUSIA

VARSOVIA

Svetlahorsk

Jóniki

Chernóbil

KIEV

ALEMANIA

BERLÍN

Colonia

Breslavia

Auschwitz

Cracovia

UCRANIA

Jersón

Odesa

Sebastopol

Mar

Mar Mediterráneo

0 250 500 km

RUSIA



Dnipró
Avdéevka
Volnovaja
Mariúpol

Kerch
Krasnodar
Simferópol
Yalta

Grozni
Islaján-Yurt
Jarachoi
Nekresi
Vladikavkaz
Gori
TIFLIS
EREVÁN
Yolfa

GEORGIA
ARMENIA
AZERBAIYÁN

BAKÚ

TURQUÍA

Tabriz
Ahmadabad
Alamut
TEHERÁN

IRÁN

Isfahán



R U S I A

KARACHÁYEVO-
CHERKESIA

KABARDIA-
BALKARIA

INGUSETIA

CHECHENIA

OSETIA DEL
NORTE

ABJASIA

OSETIA DEL SUR

KAJETIA

GEORGIA

ARMENIA

TURQUÍA

Islaján-
Yurt

Grozni

Nálchik

Jarchoi

Vladikavkaz

Sujumi

Nikozi

Gori

TIFLIS

Alaverdi

Nekres

AYARIA

Seván

EREVÁN

Mar
Negro



Territorios ya no controlados
por el Gobierno central

0 75 150 km



DAGUESTÁN

M
A
R
I
C
A
S
P
I
O

AZERBAIYÁN

BAKÚ

Gobustán

Ganjá
Göygöl
Tap Qaragoyunlu
Tartar
Martakert
Dadivank
Agdam
Vardenis
Stepanakert
Shusha

ALTO KARABAJ

Ocupado por Armenia

NAJICHEVÁN
(Azerbaiyán)

Meghri

Yolfa

IRÁN

Tabriz

PRIMER DÍA: SCHWERIN

«Entonces, ¿no hay ningún tipo de problema?»», pregunto incrédulo a la mujer que dirige la escuela dominical para niños sirios, situada en un complejo de edificios construidos con paneles prefabricados, característico de la República Democrática Alemana (RDA).

«La verdad es que no», responde ella. De vez en cuando, alguna mala palabra por el velo, pero eso no es nada en comparación con lo que su familia tuvo que pasar en Siria, durante la guerra. El niño que lleva en el vientre nacerá en paz.

Ghadia Ranah tiene cuarenta años y ya en Siria ejercía de maestra. Ahora es responsable de los ciento treinta y seis niños sirios que todos los fines de semana practican árabe en Dreesch —el mayor conjunto de bloques prefabricados de Schwerin— para mantener el vínculo con su país de origen. Sin embargo, los niños a los que pregunto durante el recreo, que tiene lugar en el patio del centro social, no piensan en regresar. Me sorprende lo bien que hablan alemán; solo llevan ocho o nueve meses aquí y ya utilizan el condicional para explicar cómo sería su vida cotidiana si se hubiesen quedado en Siria: no podrían ir al colegio ni jugar en la calle, vivirían con miedo a las bombas, los tanques, los combatientes. Me cuentan que aquí, en Alemania, todos son muy amables.

Al poco de comenzar mi viaje, en septiembre de 2016, me doy cuenta enseguida de las anteojeras que llevo puestas: mi idea original era hablar personalmente con los refugiados antes de escuchar, ya por la tarde, cómo hablan de ellos en la AfD (el partido de extrema derecha Alternativa para Alemania, por sus siglas en alemán). Lógicamente, es-

peraba encontrarme un panorama aterrador, ya que, como ciudadano de Alemania occidental, uno imagina que vivir en la antigua RDA debe de ser una especie de condena para cualquier refugiado: vecinos xenófobos, autoridades locales desbordadas, aislamiento, puede que hasta conductas ilícitas. Pero lo que encuentro en realidad son voluntarios motivados, refugiados con ganas de aprender y niños que juegan, como si el comité de bienvenida estuviese escenificando un publirreportaje justamente aquí, en este complejo de bloques prefabricados.

Uno de los profesores de árabe voluntarios me explica que entre los sirios se ha corrido la voz de que las condiciones de vida en Schwerin son especialmente propicias para los refugiados. ¿Perdón? Así es. Según este profesor, los refugiados obtienen los papeles al cabo de dos o tres meses y, de este modo, pueden empezar a trabajar, tal vez todavía no de aquello para lo que se han formado —como farmacéuticos o ingenieros, por ejemplo—, pero sí como traductores en la Arbeiterwohlfahrt (una asociación caritativa de orígenes obreros), o bien en la construcción. Además, con la cantidad de viviendas vacías que hay en Schwerin, no es necesario alojar a los refugiados en centros de acogida, y los cursos de lengua no están saturados ni se forman colas frente a las distintas administraciones. En una asociación creada por los propios sirios tienen previsto ofrecer clases gratuitas de árabe para los vecinos que estén interesados, y, como muestra de gratitud, sus miembros ya han colaborado con las entidades que gestionan las típicas colonias de pequeños jardines y huertos.

Sin embargo, el trato con los vecinos no es tan sencillo, según cuenta Claus Oellerking, que en una etapa anterior de su vida fue director de colegio y ahora ha contribuido a crear una red de ayuda a los refugiados de Dreesch. En su opinión, los sirios son un caso muy especial, ya que pertenecen a una clase media, están muy motivados y cuentan con una buena formación; por ese motivo, su proceso de aclimatación es más rápido que en otros casos más problemáticos, los cuales sin duda también se dan, sobre todo cuando el flujo de refugiados no se somete a ningún control al no existir canales reglados para ello. Por una parte, la mayoría de los vecinos que viven en estos bloques también tuvieron que abandonar una vez su hogar, ya por haber sido expulsados de su

país, ya por pertenecer a esa minoría de origen alemán que se asentó en Rusia y después regresó a Alemania, o bien a la clase obrera que emigró a Schwerin en los años setenta, cuando se construyeron las fábricas. Por eso muestran una clara disposición a ayudar, especialmente los de más edad; según Oellerking, al principio no daban abasto con la cantidad de regalos que su organización recibía para los refugiados. Por otra parte, muchos alemanes de Schwerin tienen la sensación de estar abandonados; a ello contribuyen el paro repentino ocasionado por el cierre de las fábricas tras la unificación alemana, unas pensiones escasas, el hecho de tener que vivir de la ayuda social, un número de hogares monoparentales extremadamente elevado, una edad media superior a los cuarenta años, la falta de niños y la idea de un Estado paternalista heredada de la RDA. Con ese panorama, de repente cientos de sirios se trasladan a vivir a estos bloques. Son hombres jóvenes y, sobre todo, familias jóvenes que han tomado las riendas de su vida y están felices por haber logrado ponerse a salvo. Y sí, tal vez sean un poco más temperamentales; además, tienen otras costumbres, hablan otro idioma... y luego está lo del velo. Es lógico que todo esto genere rechazo, aunque se trate de uno más bien tácito. En Dreesch apenas ocurren episodios violentos, por más que los periódicos hayan calificado la zona de «polvorín»; de hecho, ni siquiera hay grafitis o parques infantiles vandalizados. Ahora bien, el señor Oellerking duda de que haya alguien interesado en acudir a las clases de árabe o, siquiera, a la barbacoa internacional.

A continuación le pregunto por lo sucedido en la colonia de parcelas ajardinadas. El señor Oellerking enseguida recuerda que, efectivamente, aquello fue divertido; divertido y un poco triste. Al igual que el resto de cosas, las pequeñas parcelas que hay en la zona empezaron a quedar desatendidas; los viejos aficionados a la agricultura y a la jardinería que solían alquilarlas fueron falleciendo y no se produjo el relevo necesario, de modo que las tasas para cultivar estas parcelas aumentaron, lo cual tuvo un efecto disuasorio entre las familias más jóvenes: un círculo vicioso. Peor aún, el sentimiento de comunidad y la cohesión social fueron disminuyendo. Antes bastaba con poner un cartel para que los vecinos echaran una mano en la fecha prevista, pero recientemente se había hecho una convocatoria para adecentar la parcela de un

jubilado enfermo y, a excepción de un solo arrendatario alemán que, además, es miembro de la AfD, los únicos que acudieron a la llamada fueron los refugiados sirios, quienes, desde lo ocurrido la pasada Nochevieja en Colonia, aprovechan cualquier ocasión para demostrar que pueden ser útiles en Dreesch.* El militante de la AfD, molesto por la situación, no hacía más que mirar a su alrededor; luego empezó a llamar por teléfono desesperadamente en busca de voluntarios alemanes, pero los arrendatarios de las parcelas han dejado de echarse una mano entre ellos. El jubilado enfermo, por su parte, se mostró conforme con la ayuda de los sirios: para él, lo más importante era recoger la hojarasca y podar las ramas.

Al atravesar el casco antiguo de la ciudad, adornado con flores y en el que todos y cada uno de los ladrillos parecen cuidadosamente restaurados, paso junto a los grandes carteles de la AfD que advierten de «la destrucción de Alemania». Me dirijo al restaurante Lindengarten, donde el partido ha invitado a una «charla-merienda para hablar de las pensiones». Nada más entrar en la sala principal, cuyas paredes están revestidas de madera, oigo a una mujer quejarse de que las chicas alemanas son «deshonradas». «Esto empieza bien», me digo, y miro a mi alrededor. En la sala habrá unas cincuenta o sesenta personas, aún de pie o ya sentadas en unas mesas previamente arrimadas a la pared, como si en el centro debiera quedar espacio libre para algún baile. Entre los asistentes no hay nadie que llame mi atención: no lucen ningún emblema ni llevan la cabeza rapada o botas altas. Hay gente de todas las edades; es más, la única mujer joven vestida con un traje regional parece desubicada. Tras sentarme en una de las mesas, me ofrecen café y un trozo de tarta.

Primero se presentan los candidatos directos de esa circunscripción a las próximas elecciones regionales, los cuales, sin excepción, coinciden en subrayar que son ciudadanos normales y corrientes. La que parece encontrarse más cómoda es una señora rubia que, hasta hace poco,

* El autor hace referencia a la Nochevieja que tuvo lugar entre 2015 y 2016, cuando en la ciudad de Colonia se produjeron numerosos casos de agresión sexual en los que se vieron envueltos varios inmigrantes de origen árabe y norteafricano. (*N. de la t.*)

ha regentado un servicio de acompañantes para clientes árabes, razón por la cual ha sido tachada de la lista general de candidatos en el estado de Brandemburgo, dato que todos los presentes conocen. No obstante, sí que ha logrado imponer su candidatura en su propia circunscripción, de modo que aparece muy sonriente en los carteles —también en los que cuelgan en Dreesch—, luciendo el traje regional o subida a un caballo majestuoso, probablemente árabe. El ponente esta tarde es Andreas Kalbitz, portavoz adjunto del grupo parlamentario de la AfD en Brandemburgo. Se dice que Kalbitz pertenece al sector más radical del partido y que, además, es miembro de una de las tradicionales asociaciones estudiantiles.* Incluso la denominada Lügenpresse o «prensa mentirosa» lo relaciona con un grupo de extrema derecha. En lo que a mí respecta, nos conocimos por teléfono, cuando contacté con él para concertar una cita en Schwerin. Debo decir que, en aquella ocasión (y que me disculpen mis queridos amigos de izquierdas por tener que escribir esto), Kalbitz no me pareció nada agresivo.

También en este discurso, el candidato insiste una y otra vez en que es preciso diferenciar..., aunque él en ningún momento lo hace, sino que generaliza continuamente al hablar de los partidos que forman parte del sistema, los medios de comunicación y los asilados. Los ejemplos a los que recurre son también parciales, ya que solo sirven para ilustrar un aspecto de la realidad. Así, Kalbitz menciona unos bloques de edificios en su circunscripción que se han reformado para acoger a los inmigrantes, mientras los alemanes siguen viviendo en pisos deteriorados; los doscientos millones de euros anuales que se necesitan para equiparar el nivel de renta en el este, mientras se autoriza una partida de noventa mil millones para ese disparate que es el asilo; los doce mil euros de pensión que cobra la máxima responsable de la radio pública, así como la impotencia de las autoridades a la hora de lidiar con esos

* En el original, «Burschenschafter». Este tipo de asociaciones estudiantiles («Burschenschaften») surgió en los países de habla alemana en el siglo XIX como reacción al Congreso de Viena. Aunque las hay de diversa índole, suelen estar restringidas a miembros varones y defender valores tradicionales, así como ideales patrióticos. En la actualidad, se asocian a sectores conservadores, y sus detractores las sitúan en el ámbito de la extrema derecha. (*N. de la t.*)

refugiados que se aprovechan del transporte público viajando sin pagar o a los que les regalan billetes en Berlín, mientras los pensionistas y los beneficiarios de la ayuda social tienen que abonar una tarifa reducida. Y así sucesivamente: Kalbitz habla de sociedades paralelas, de jueces de paz islámicos y de nuestras mujeres alemanas, que ya no se atreven a salir de noche; pero, claro, es preciso diferenciar. El punto de partida de cualquiera de sus argumentos son las pensiones, dado que todos queremos envejecer dignamente, con independencia de nuestra orientación política, y su conclusión es siempre la misma: «Alguien se está llevando el dinero que os hará falta cuando seáis mayores». Sinceramente, todo esto me resulta demasiado simplista; de hecho, los asistentes parecen tener cierta formación.

Es en el turno de preguntas cuando caigo en por qué este nuevo partido va a obtener, de golpe, un veinte por ciento de los votos en las elecciones regionales: no es lo que sus miembros dicen, sino lo que los asistentes pueden al fin expresar. A cada cual le preocupa una cosa distinta: la pensión, la cuota del seguro médico privado al que uno, ya de mayor, no puede renunciar, los extranjeros que se ven por la calle o la subida de tasas en la colonia de jardines, y todos leen los mismos superventas que advierten de los peligros del islam. No es odio, sino miedo, lo que se desprende de esas frases; miedo a salir perdiendo en su propio país y al ver cómo, tras la Unificación, todo se desmorona. Esto no es una reunión del partido neonazi (NPD, por sus siglas en alemán), pues aquí un cabeza rapada llamaría más la atención y, probablemente, sería más molesto que alguien como yo, de cabello oscuro. Estas personas son ciudadanos normales y corrientes con trabajos normales y corrientes o pensiones demasiado escasas, según me cuentan cuando me pongo a hablar con ellos después de la charla. Son maestros de taller, informáticos, y hasta hay un señor que ha trabajado para la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE) como observador electoral y tiene, por tanto, experiencia en el extranjero; también hay otro de barba larga y edad avanzada que antes probó con el Partido Pirata y que más bien parece un *hippie*. Sea como fuere, creo que no, que Andreas Kalbitz no tiene nada de nazi: sus pequeñas gafas de montura metálica, su bigote rubio y su dicción cortante le confieren

un aire más bien guillermino. Y es precisamente esa Alemania, la vieja Alemania con una marcada conciencia de nación —aunque no la misma que Adolf Hitler llevó a la ruina, sino aquella en la que todo seguía estando en orden—, lo que tal vez sirva como referencia más próxima para los miembros de una sociedad estudiantil.

«Queremos que todo siga igual», me dice un joven vestido con un pantalón de senderismo que se muestra igual de amable e interesado que todos los que, una vez finalizado el acto, se dirigen a mí y no al revés.

«Usted es libre de desear lo que le apetezca —le respondo—. Puede defender sus ideas, pero yo, también. Nadie tiene un derecho preferente.»

Es entonces cuando el joven se queda boquiabierto: que un hijo de inmigrantes pueda tener los mismos derechos que una persona cuya familia ha nacido en Alemania no termina de convencerlo. Obviamente, no sucede lo mismo con el antiguo miembro de la OSCE, y pronto se entabla un debate entre los propios seguidores de la AfD. Incluso acababan defendiendo el derecho de asilo político y, más de una vez, recuerdan que Alemania necesita una ley de inmigración, tal y como figura en el programa del partido; sin embargo, todos convienen en que el caos vivido durante el pasado otoño no es de recibo, y en eso coinciden con el señor Oellerking, de la organización de ayuda a los refugiados que llegan a Schwerin.* Con todo, se da por supuesto que ninguno de los presentes ha conversado jamás con un refugiado, por no hablar ya de acudir a la escuela dominical, por muy cerca que esta les quede. Pero, en fin: ¿qué miembro de esa Alemania a la que yo pertenezco, esa «sucia Alemania del 68 contaminada por los de izquierdas, los rojos y los verdes», según la denominó el presidente de la AfD, ha hablado alguna vez con los seguidores de su partido?

Cuando la sala se vacía, me acerco a la mesa de Kalbitz. El candidato está agotado: el calor, los mítines de campaña y, para colmo, un resfriado que ha cogido en el avión. Me cuenta que también él preferiría pasar ese domingo soleado con su familia y sus tres hijos, pero le preocupa demasiado la pasividad de los ciudadanos, su resignación, el

* El autor hace referencia a la ola de refugiados que llegó a Alemania en 2015, cuando Angela Merkel decidió no cerrar las fronteras.

escaso índice de participación electoral... Gracias a la AfD, la gente está regresando a la política: el partido les está dando voz, y eso es algo que debería alegrar a cualquier demócrata, ¿no? Le pregunto si no le parece absurdo que la AfD proclame en sus carteles que Alemania corre el riesgo de ser destruida. No en vano, el país es muy consciente de lo que eso significa, y, en caso de haberlo olvidado, basta con ver las imágenes procedentes de Siria o de Irak. ¿De verdad tiene sentido hablar de la destrucción de Alemania aquí, en el primoroso casco antiguo de Schwerin, en un salón de festejos revestido de madera? Añado que, para serle sincero, no se me ocurre en ese momento un país que pueda ser más seguro, próspero y libre que Alemania; acaso Suecia o tal vez Noruega.

Kalbitz contesta que el eslogan no es suyo y que simplemente expresa una preocupación, no un hecho consumado.

«¿Ah, sí?», le respondo.

«Claro —insiste Kalbitz—, es una preocupación, no un hecho.»

A partir de ese instante, el político no deja de diferenciar entre unos y otros casos durante toda nuestra conversación, cosa que en su charla ha quedado reducida a una mera declaración de intenciones. Así, de repente ya no habla solo de esa Nochevieja en concreto, sino también de quienes sufren una auténtica persecución, que por supuesto tienen derecho a recibir asilo; ya no habla solo de los ataques terroristas, sino también de todos esos musulmanes que están integrados. Al final, acabamos tocando todos los temas que suscitan las mayores provocaciones: desde Boateng, el futbolista negro de la selección al que los alemanes no querrían tener como vecino, hasta la orden de disparar en las fronteras; lo único que Kalbitz parece defender en exclusiva es la idea de prohibir los minaretes, aunque no sabe explicarme cómo lograr que una persona se identifique con un país que no respeta su credo.

Este es precisamente el reproche que muchas veces se hace a la AfD: que sus representantes provocan adrede para, luego, insistir en que no era esa su intención; así es como los límites de lo que resulta escandaloso van retrocediendo poco a poco. Sin embargo, ahora que estoy sentado frente a Andreas Kalbitz, no sabría decir si es esa persona que en su discurso se ha burlado de voluntarios como Claus Oellerking,

calificándolos de «lanzapeluches», o esa otra que no tendría nada en contra de un vicescanciller de origen turco, siempre que estuviese integrado (según él, su rechazo a Cem Özdemir, presidente del partido de Los Verdes alemanes hasta 2018, se debe a motivos estrictamente políticos). También me cuenta que, hace poco, unos empresarios croatas le dijeron que todo lo que defiende la AfD en principio les parecía bien, pero que no podían apoyar al partido porque estaba en contra de los extranjeros. Y reconoce que, hasta cierto punto, él mismo había llegado a entender su argumento, que, por otra parte, es completamente erróneo. Kalbitz se despide deseándome buen viaje.